

LA BUENAVENTURA

POR
J. VALLVERDU A.

No digo bienaventuranza, sino buenaventura. Aprenda el discreto a distinguir. La buenaventura que hace nueve —Dios mio— nueve años o poco menos lancé por boca de una inventada gitana desde estas mismas páginas, y dirigida a San Feliu: yo me acuerdo muy bien. La fingida gitana decíale a la ciudad de San Feliu que sus días corcho-taponeros estaban contados: que la nueva industria turística vendría a sustituirla, o a desbancarla en no poca medida.

Y bien: los siete o nueve años han pasado y ahora, desde una respetable lejanía, en el otro extremo de Cataluña, leo semanalmente AN-CORA —reconozco su tipo de letra, su disposición, sus encuadres, hasta sus repetidas erratas— y no veo apenas mencionada por parte alguna la viejísima industria del tapón de corcho. Me permitirán que les confiese que me extraña. Ello no puede significar más que dos cosas: o la industria marcha como una seda —no chillen, por favor, señores fabricantes, déjenme terminar— o se arrastra tan lánguidamente que hasta ya ni voz tiene y todo el mundo tiende sobre ella el misericordioso manto del silencio.

Sea como fuere cuando las circunstancias me lleven a visitar de nuevo a los amigos de ahí estoy seguro que pocos avances en el esquema del corcho me será dado ver, frente a los que imagino producidos en el área de la hotelería y la hospitalidad de pago.

Así, a distancia, las cosas se ven de un modo sintético, y es como si adivináramos no sólo el perfil de las mismas sino hasta su mis-

mo andar temporal: es inelectable, el paso del tiempo. El corcho tuvo su arrogancia, pero era una arrogancia de viejo estilo, incómoda hoy. Frente a la posibilidad de explotar el aire, la luz y el agua salada, ceden todas las demás posibilidades. Hace cinco años ya empezaba a ser difícil retener a los eventuales en las fábricas cuando llegaba el calor, y no debido a éste, ciertamente. Cuanto más, me imagino, ahora.

Me duele esta progresiva agonia del corcho, que la gitana ya previó años ha, entre otras cosas porque, en el alegre rebullir de los veranos playeros se enterrarán sin duda una de mis más caras ambiciones: el museo del corcho, cuyo proyecto tanto agradó a Gaciel, y que si San Feliu no monta no veo quién pueda montarlo. Porque, entre tanto pragmatismo y aún a-



ceptando la derrota, le cabe al corcho esa gallarda vía de supervivencia. Así han terminado todas las cosas del pasado, en los museos. He hecho una pausa y, llevado de un instintivo resorte, he abierto el tocadiscos y he puesto en él sucesivamente una sardana marinera y una extraña pieza de corte playero, oceánico o antillano, muy moderna. Ambas, por un igual me han evocado la Costa Brava.

No había posibilidad de caracterización: flotaba en el ambiente, no más una sensación languideciente, un tanto quebradiza, como de madrugada cabe el mar, entre el ronquido lejano de una playa de chinas y el estampido seco de los bolos. Quizás, el agitarse de una cucharilla en un vaso besado por cientos de bocas de docenas de nacionalidades. La Buenaventura...

TAMARIU

LLAFRANCH

CALELLA

PALAMÓS

PLAYA DE
ARO

SAN FELIU
DE GUIXOLS

T O S S A

L L O R E T

B L A N E S

CRUCEROS

C O S T A
B R A V A